

con su padre"—ó bien: "Don Francisco, recuerdos al joven Nevares."

Y dice la historia que el nuevo viejo, que no podía emprenderla á linternazos con todo el mundo, se resignó á hacer á mal tiempo buena cara; si bien tragando rejalgar y sudando tinta, lo que trajo su muerte en breve plazo.

Lo que la historia no dice es si Nevares llegó á percatarse del bromazo que le habían dado los mediquines.

30 de septiembre de 1900.

Cómo murió Gaspar Hauser

Si quisiera referir *ab-ovo* la vida del pobre Gaspar Juárez, llamado Gaspar Hauser en la jerga estudiantil y familiar, de seguro que me sobrarían datos y pruebas.

Mi padre fué amigo de don Juan Juárez desde que se estableció en el lugar, y mis tías habían conocido y tratado á Micaelita Ortiz, madre de mi condiscípulo, desde que eran chiquitinas y juntas recibían lecciones de don Modesto Pérez, que iba diariamente á casa de mis abuelos á *echar renglón*, á enseñar el modo de sacar cuentas de *cuarterola* ó de *ocho* y *tercio* y á

tomar la recordación de *declaraciones* y *misterios* á las niñas más finas y distinguidas del pueblo.

Gaspar vino al mundo como fruto tardío de un matrimonio tardío. Don Juan había permanecido en los placeres de California y en los minerales de Guadalupe y Calvo por más de veinte años, y sucesivamente había sido dueño de miles y *quimiles* y se había visto en la miseria, más negra y más tremenda que en parte alguna en los reales de minas, en que el oro y la plata se manejan como los manejaban en el Dorado los chiquillos que asombraron á Cándido.

Cuando el pobre luchador tenía ya muchos años á la espalda y muchas canas en la cabeza, llegó á San Andrés y contrajo justas nupcias con su novia de marras.

Siete años pasaron los recién casados en mutuos arrumacos, cuando se extendió por el pueblo una nueva que pareció más fabulosa que los milagros de Mahoma: Micaelita estaba en cinta de cuatro meses y en la casa reinaba jolgorio extraordinario. —“El caso de Señora Santa Ana” decían

las comadres persignándose—“Ha resucitado Sara y va á parir á Isaac” exclamaban los instruidos en historia sacra—“No hay tal embarazo más que en la mente de esa vieja deseosa de lo que no puede tener,” murmuraban los escépticos. “El niño del milagro” gritaban todos.

Pero á los maliciosos, á los escépticos y á los doctos los destanteó la noticia de que Micaela había parido un niño guapo y robusto que no había más que ver.

A los pocos días el estado de la parturienta empezó á inspirar cuidados, luego se agravó y al fin la pobre señora murió—los médicos dijeron que de septicemia y el público que á consecuencia de la edad, que no le consintió resistir aquel trance.

Don Juan, apenas hubo muerto su esposa, se sintió poseído del demonio de las minas, de aquel Xipe indígena que producía locura á sus devotos y los impulsaba á escarbar la tierra sin darse punto de reposo, y tornó á su amada California como gambusino impenitente. El chiquillo, de edad de tres meses, quedó en poder de su abuela materna, doña Vicenta Luaces, y

allí creció entre los *chiqueos* y las contemplaciones de la señora y de sus tres hermanas, Jacobita, Evarista y Leonor, amén de los que le prodigaba la vieja Cristina, su nana jurada.

En casa de la viuda de Ortiz no se amarraban los perros con longaniza; pero sí había un modesto y decente pasar que consentía á la familia cierta holgura y le daba opinión de rica entre convecinos pobres, envidiosos y amantes de la exageración.

Vivía la señora en un viejo caserón que se conocía en la tierra por *la casa pinta*, de seguro porque era la única enjalbegada y un poco pulida de rostro en aquel poblacho fabricado de adobe, que semejaba desde cualquier altura una enorme topera. La sala principal de la mansión mediría bien sus cincuenta metros de largo, las recámaras podían haber servido para cuadras de un cuartel, los patios y corrales, poblados de yerba y callados como claustros de convento, tenían capacidad para algunas fanegas de sembradura. El zaguán era amplio, pavimentado con peladillas de río y tenía, en dos de los lados, sendos cami-

nos hechos con huesos de pata de cerdo para preservar el empedrado de la destrucción que podían imponerle las ruedas de un carruaje que de seguro había existido; pero del que en aquellas edades sólo había memoria algo borrada. Del techo pendía una cuerda negra y ahumada que sustentaba la *farola*, enorme linterna que en las noches se ufanaba con los resplandores de una raquílica candileja, como el sujeto vanidoso é hinchado se pavonea con la lucécilla de ingenio que el cielo ha sido servido de darle. Al menguado resplandor de aquella luz, se veían en las paredes ora el cuento de una lanza, ya la pluma de un sombrero, tal vez el cañón de una bota y á ratos el anca de un caballo: eran restos de las pinturas que habían adornado aquel recinto en años mejores.

Desde que Gaspar fué niño se aficionó á aquellos figurones, y ayudado de su fantasía y de las narraciones de sus parientes, había logrado reconstruir el cuadro mural, que á la cuenta representaba un desafío entre mosqueteros del rey y mosqueteros del cardenal, en pleno siglo de cuchilla-

das y galanteos. Pero el sitio predilecto de Gaspar era el cuarto de los *triques*, lugar en que se habían aglomerado todos los desperdicios de la casa desde hacía lo menos medio siglo. Había allí cornucopias, capelos, candelabros, rinconeras, imágenes de santos barbudos, con semblantes angustiados, entrañas destrozadas y miembros arrancados, péndulos de cucú, guitarras con moño, periódicos y libros viejos: todo un pasado romancesco é interesante. Allí se pasaba el chiquillo las horas muertas, y ya se sabía que cuando no se le encontraba en ninguna parte de la casa, de seguro se le hallaba hurgando en los viejos baules ó leyendo en las colecciones de "El Omnibus" ó "El Sol."

Gasparito dormía por turno con sus tías y su abuela en camas grandonas, de madera pintada de verde, con cabeceras en que tejían una danza interminable rubios pastorcillos con casaquines de seda, zapatitos de raso, sombreros coquetones y cayados llenos de cintajos, cerca de ríos de leche y árboles azules. Los colchones eran blandos, altos, y convidaban al sueño. Se les

cubría con *tápalos* adornados de flores primorosas, obras de Ayún y Senquá, los poetas del pañolón y los inconscientes amigos de la chula. Cerca del grupo pastoril estaban las almohadas, en progresión ascendente, desde las grandes, destinadas al sueño, hasta las pequeñitas, que apenas podían haber servido á un Niño Jesús para descabezar una siestecita. Todas tenían fundas de muselina que trasparentaban el lacre rojo que cubría la lana, como se trasparenta en la piel blanquísima de una bella la sangre que corre por sus venas.

A los ocho años Gasparín era una primorosa caricatura de hombre: decía fábulas, sabía saludar á las personas, llevar y traer recados, escribir su nombre, el de su abuela y el de sus señoras tías.

A los doce sabía declinar el *brevis et breve*, rezar en latín el *Ave, Maris Stella*, ayudar á misa según el ritual romano, discernir conforme á qué modelo debían conjungarse los verbos latinos más enrevesados y cómo hacían el pretérito ó el supino.

A los catorce asombraba á las damas de su casa con lo de *pastorcito come adoves* y

non est peccatum mortalis occidere patrem suum; sin perjuicio de desarzonar á los más avisados del pueblo, presentándoles argumentos tan formidables como: quod non perdidisti habes, non perdidisti cornua, ergo cornua habes;—mus est vox monosyllaba, vox monosyllaba non rodit caseum, ergo mus non rodit caseum.

Pero con lo que se les caía la baba á la buena de la abuelita y á las consentidoras de las tías, era con ver al muchacho celebrar la misa revestido con ornamentos copiados del natural y frente á un altarito de mentirijillas. Desde que al lavarse las manos empezaba diciendo el *A lavo fit la-vi, lotum, lautum atque lavatum*, tomado directamente del Nebrissensis, hasta que, dirigiéndose al pueblo, mascullaba el *ite misa est*, las pobres viejas permanecían suspensas y sin movimiento. Se figuraban ver al chico, ya mancebo, recibir las sagradas órdenes, celebrar por primera vez el sacrificio incruento, tan lleno de símbolos y de ternuras, pronunciar el primer sermón y oír á las gentes repetir: “la misa de siete es la del padre Juárez,”—“el pa-

dre Juárez se sienta á confesar á las tres,” ó “qué pico de oro el del padre Juárez.”

Y después . . . , quién sabe; quizás el coro de la catedral, previas las oposiciones en puro latín (aunque no en latín puro) quizás la mitra episcopal, quizás el palio de arzobispo

Porque hay que decirlo, y prisa me corre para ello: la aspiración mayor de doña Vicenta consistía en dedicar al chico á la iglesia, pues sentía que la agujaban dos estímulos á cual más imperioso. Era el uno el ejemplo de su tío paterno, Fray Serafín de Ibarra y Luaces, prepósito de los felipenses y obispo *in partibus* de Tanagra. Fray Serafín había dejado por su ciencia asombrosa y por su sana y sincera virtud un nombre que era todavía el placer y el orgullo de la familia. Su tratado *D Terinitaté*, (dos tomos folio, pergamino, *apud Joachim Ibarra*, Madrid, MDCCLV) su libro “Misérias || del mundo y esclavitudes || de la carne con cien ejemplos || edificantes que publica || un sacerdote regular del obispado de Guadalajara || Nuevo reino de la Galicia || dedicándolo al muy ilustre || señor

don Carlos Francisco de Croix, || marqués de Croix, virrey y capitán general || de esta Nueva España || con privilegios," era la delicia de la gente de sotana, quien alababa sin medida aquel talento claro, equilibrado y potente, aquella lógica sin juntura y aquella piedad tan honda y acendrada.

El otro estímulo no era tan lisonjero: consistía en el recuerdo del marido de doña Vicenta, don Bartolomé Ortiz de Rosas, abogado de la audiencia de México, regente de la de Quito y tres veces gobernador del Estado de Jalisco. Don Bartolomé, aunque hijo de padres nobles, había venido á menos y había sido educado por los religiosos de San Francisco; pero sin tener en cuenta su abolengo y el interés de sus protectores, se había encenegado en las más heréticas doctrinas.

Periodista á contar del año de 24, había propalado todas las teorías liberales, desde la libertad de la prensa, hasta la desamortización de los bienes eclesiásticos, desde la libertad de reunión, hasta la abolición de las comunidades religiosas. Se ha-

blaba de don Bartolomé como de un pecador por quien era necesario rezar mucho á fin de que luciera luz perpetua para su alma; y nada más á propósito para sacarlo de las llamas del purgatorio que consagrar á su nieto á la expiación de tan enormes culpas. De escondrijos y baules había sacado Gaspar el famoso cartel: "Aquí no gobierna el rey; sólo gobierna la ley" (Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1820) la terrible diatriba "Hábil es Avilés; pero el contar, contar es" (I. Brambila, 1834) y el opúsculo, prohibido y excomulgado por la mitra, "La masonería || no es secta religiosa || sino institución || de fraternidad y ayuda (Higinio Aleriano, 1839).

En un mismo aposento se hallaban frente á frente el retrato del fraile, alto, pálido, envuelto en una sotana negra que dibujaba su cuerpo enflaquecido por las maceraciones y las vigiliias, y la jeta del enciclopedista, risueña, rubicunda, de labios belfos, de tupé alborotado, de *claro* hasta media mejilla y de desdeñoso y altivo porte.

II

Cuando Gasparito salió de la puericia, se sintió acometido de la manía de leer cuantos papeles se encontraba, como en otro tiempo don Miguel de Cervantes. Agotó primero los libros de devoción que formaban la biblioteca de la abuela, devoró después algunos tomos de los viajes de Ponz, siguió con el *Diccionario* de Morerí y se resolvió, por último, á hurto de las señoras, á escalar un librero grande, de madera blanca y clavos amarillos, y á sacar á luz los volúmenes que había dejado el radical de antaño, y que no habían vuelto á ser tocados desde su muerte.

Empezó por enfrascarse en la lectura de la *Nueva Heloisa*, que le hizo derramar lágrimas como puños; se rió luego á carcajadas con Pangloss, con Cunegunda, con los barones de Thunder-ten-tronckh, con la vieja princesa de Palestrina y con Micro-megas; pensó un poco con el *Hombre de los cuarenta escudos* y con *La Religiosa* de Diderot y se entusiasmó con la exégesis gruesa y los argumentos gastados de puro ser-

vir del *Diccionario Filosófico* y el *Ensayo sobre las costumbres*.

Muchas de aquellas cosas no las entendía; se le escapaban alusiones, citas y alcance de argumentos; pero se imaginaba que leyendo y leyendo más lograría desentrañar todos aquellos misterios; y como el de la Mancha, se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, no sintiendo que la duda lo invadía y lo hacía vacilar, sino que una fuerza nueva, imperiosa é ineluctable lo poseía y dominaba.

Ese año vino Gaspar al Seminario, y como ya tenía *de tripa mínimos, mayores* y casi todo el curso de artes, pudo, sin mengua de los estudios, seguir dedicado á sus amados libros.

No parecía sino que habían reñido en su alma tremenda lucha el santo felipense y el viejo revolucionario, y que había triunfado el de la cáscara amarga, llevándose para sí aquel entendimiento que se creía ganado para el cleriguicio.

III

Pero aquel jacobinismo intelectual y teórico, no había sido parte á relajar los vínculos de subordinación de Gaspar para con su madre y tías. Era el mismo chico sumiso, obediente y recatado que había sido la admiración del pueblo de San Andrés; y en verdad que resultaba espectáculo gracioso y sin comparación con otro ninguno, ver á doña Vicenta, "alta de pechos, de ademán brioso," guapetona á pesar de sus setenta bien sonados y de sus dientes postizos, conducir por calles y plazas á aquel chicuelo flaco, cacoquimio, sin tripas ni cuajar por la dispepsia y los agrios de estómago.

Gasparito no ponía un pie en la calle después de las siete de la noche, así se lo rogaran padres descalzos, no pisaba el suelo frío con los pies desnudos, no comía sino con arreglo á peso y medida, no probaba una gota de vino y no salía sino acompañado de un mozo.

El quince de septiembre de no sé que año, Gaspar tuvo el arrojo de acompañarnos al grito. Los *foulards* que le pusieron

al cuello las tías, la delicadeza con que le acomodó doña Vicenta el embozo de la capa, las recomendaciones que hicieron á Sebastián, el mozo, para que lo cuidara, no se apartara de él, no lo dejara tomar cosas *calientes*, ni *pesadas*, ni *frías*, ni acercarse á los grupos de patriotas ebrios, ni irse por las aceras, ni correr por el arroyo, serían materia de un tratado completo acerca de las precauciones caseras.

A pesar de eso, Gaspar sufrió una cama de tres días en que hubo necesidad de ocurrir al poleo sorbido por la nariz y á los parches de sal con sebo aplicados á la frente, para devolverle la salud quebrantada.

Pero el objeto predilecto de nuestras chungas era la castidad de Gaspar, su misoginismo asombroso y perfecto.

Cuando todos nos habíamos echado nuestras respectivas novias y aun tenido enredillos con criadas y costureras, Gaspar permanecía en una santa ignorancia, en una virginidad de cuerpo asombrosa en sus veinte años largos de talle. "No me *estira* el amor, decía; no me llama la atención la mujer."

Y nosotros creíamos que aquello no era sino cortedad y encogimiento, quizás hipocresía repugnante y asquerosa.

Decir las partidas serranas que le jugamos al pobre erudito, desde encerrarlo en unión de una pindonga hasta enviarle cartas con su nombre á una vecinita suya muy linda, no es de este lugar; pero sí lo es decir que el pobre chico ni se enfadaba ni nos quería mal, ni se escandalizaba: éramos sus predilectos y todo lo sufría y toleraba con paciencia.

IV

Mas el vino volteriano, como todos los galos, si bien se sube presto á la cabeza y la alborota, presto también deja libre el intelecto y la voluntad. Tras aquella hartazgo de ciencia pasada de moda, Gaspar no recuperó su antigua tranquilidad de espíritu, su animosa y robusta fe; pero abandonó también los lugares comunes del enciclopedismo y se refugió en un deismo vago y acomodaticio que lo dejó en mate-

rias de fe más bien en los límites del escepticismo que en los de la gracia.

Entonces empezó su labor de estudio inútil y vano. Cuanto era recóndito, ignorado, desconocido, sin trascendencia ni finalidad, lo entusiasmaba, lo ponía fuera de sí, lo apasionaba.

Esa ciencia chiquita, esa erudición cominera, insignificante y sin aplicación que se entretienen en deslindar seminimias, particularidades y detalles, eran su encanto y su vida.

Emprendió estudios minuciosos para averiguar quién era el autor de las cartas de *Junius*, que según él tenían otro origen que el de Sir Philip Francis; hizo inquisiciones sobre Rodrigo Caro y el Memorial de Utrera; se metió en estudios formales acerca de la equivalencia del as y del sextercio con las monedas indias de tres siglos antes de Cristo; emprendió corregir la "Españá sagrada" del Padre Florez demostrando discordancias y faltas; trabajó por conseguir la impresión de las obras completas de la sabia monja Sor Josefa de San Antonio, una insoportable culterana del siglo

XVIII; desenterró de varios coecillos muñecos del tiempo de la gentilidad y trató de demostrar que nuestra ascendencia era fenicia; escribió varios tomos refiriendo la historia de unos navegantes que tenían el mérito de haber permanecido ignorados durante dos siglos y de que por primera vez se les mencionara y se metió en cien empresas más así de inútiles y de trabajosas. La erudición legítima, esa que tiene como fin principal desentrañar lo grande por lo pequeño, la que ilustra y guía á la historia, no era la que cultivaba Gaspar: Su tipo era el de aquel primo de Cervantes, que trataba de saber quien había tenido primero sarna y quien se había rasgado primero la cabeza. Desde el momento que un punto podía prestar alguna utilidad, lo abandonaba por indigno. Como Séneca defendió á Posidonio del cargo de haber inventado las bóvedas, diciendo que tal ocupación era impropia de filósofos, Gaspar evitaba el papel de historiador y sostenía que no era sino un erudito.

Pero lo gracioso era oír el tesón con que defendía ó atacaba en los negocios por-

que tomaba partido. “Piensa, me decía, que hay pillos y mal intencionados que aseguran que Cervantes nació en Consuegra ó en Alcázar de San Juan, cuando está plenamente probado que no nació sino en Alcalá de Henares. Sólo con toda la mala fe del mundo se puede querer quitar á la vieja Complutum ese honor insigne. ¡Ah, pillos, decía alzando la mano en ademán de cascar las liendres á alguien; ya les digo cuatro cositas en un estudio que preparo y que causará sensación!

“Pero para mala fe la de los que niegan la existencia de Shakespeare. Tengo sobre la existencia del bardo toda una serie de pruebas y las mostraré á su tiempo. Te aseguro que hasta los críticos ingleses se quedarán tamañitos.”

—¿Y has leído á Shakespeare?

—No; pero eso no es obstáculo para que conozca su vida al palmo.

—¿Y qué opinas de la guerra en el Africa del Sur?

—Que no sé palabra acerca de ese asunto ni me inspira interés.

V

Mis ocupaciones profesionales me dejaron por mucho tiempo de la ciudad; un día, hallándome en un campamento del ferrocarril en construcción entre Mérida y Peto, recibí una carta de mi padre que decía entre otras cosas: "Una mala noticia tengo que comunicarte: la muerte de Gaspar Juárez, tu condiscípulo y nuestro común amigo. Ayer lo encontraron, en su casa del barrio de Belén, pendiente de una soga, con la lengua de fuera, los ojos saltados y la cara amoratada; era un dolor verle. Parece que melancolías y desabrimientos lo llevaron á ese triste fin. Algo de ello te dirá en las cartas que te acompaño y que fueron abiertas en el juzgado que se incautó del tremendo acontecimiento. Yo no he querido verlas, respetando el secreto que el pobre difunto deseaba tuviera lo que te comunicaba. Para mí, Gasparito no estaba en sus cabales y así cometió el horroroso atentado que deploramos. Dios lo tenga en su santo limbo, pues no es digno de la gloria ni del infierno quien no supo padecer, ni

gozar, ni hacer bien, ni hacer daño, ni aun pecar." Las cartas decían así:

DE GASPAR JUAREZ A PABLO MARTIN DEL CAMPO

SR. ING. D. PABLO MARTIN DEL CAMPO

MÉRIDA, (YUC).

Mi siempre querido Pablo: te pongo esta por fe de vida y á fin de que sepas algo de mi salud y de mis andanzas.

El 25 de agosto, es decir, hace dos meses, tuve la pena de perder á mi *mamá grande*, que sólo sobrevivió quince días á mi tía Cobita, la mayor de sus hermanas, que la acompañaba todavía. Un tabardillo pintado se llevó á la pobre de mi abuelita, siendo inútiles los esfuerzos de la ciencia por salvarla. Murió como una santa, llena de sincera y honda contrición, recibió todos los auxilios y conservó su conocimiento, su entereza y su palabra hasta el último momento, en que la oímos dar una gran voz: "*Señor, en tus manos encomiendo*

mi espíritu," quedándose como una paloma, sin convulsiones, sin gestos y al parecer sin dolor.

Tú, que sabes bien lo que mamá Vicentita era para mí, comprenderás lo que me ha afectado este golpe. La única persona que me entendía, la única que me alegraba, la que me había hecho á su imágen y semejanza, me falta, y es como si me faltaran la luz del sol, el consuelo del aire y la libertad misma para respirar. Mi pesar ha sido grande; pero ¡oh, debilidad y flaqueza humanas! más grande es la sensación de vacío que me rodea por la falta de comodidades materiales á que me tenía acostumbrado. Mis vestidos, mis alimentos, mis estudios y mis labores andan desarreglados como no puedes figurarte. Tener ahora que ocuparme de pormenores y detalles, desde tratar con la lavandera hasta administrar la corta hacienda que mi pobre abuelita restauró y mejoró con su trabajo y su vigilancia, son cosas tan difíciles que no sé si voy á lograrlas.

Afortunadamente he concebido un pensamiento que se me figura salvador y que

pondrá remedio á todas las dificultades. He pensado casarme. Pero no te figures que he escogido para mi mujer á alguna condesa ó marquesa metafísica é hipotética. Mi novia (porque ya la llamo así) es la hija de Cenobia, la ama de llaves de mi casa; tú has de recordar á aquella chiquilla flacucha, astrosa y desgarbada á quien aborrecías por antipática y métementado. Pues esa chiquilla es ahora una real moza que tiene más de cuatro pretendientes y que me ha preferido por el aquel del cariño á la familia.

Pensarás con el poeta que ha fermentado tarde el vino de mi juventud. No hay tal, porque no estoy enamorado ni mucho menos, sino que necesito una buena ama de casa que cuide y enderece la mía y no hay nada mejor que una mujer que sin estar atendida al salario sienta por uno algo de cariño.

Con esto, reducir mis bienes á fincas y colocar el resto en buenas y seguras hipotecas, queda resuelto el problema y yo con libertad de dedicarme á mis queridos estudios. Creo que recibirías mi opúsculo

acerca de los antipapas. Como nada me has dicho, al igual de mis otros trabajillos, me figuro que no te ha parecido bien. Cómo ha de ser.

No te convido al guajolote porque no lo hay, dado el luto que guardo; pero sí te convido á que sigas mi ejemplo y dejes ese papel de seductor y perdido que anda robando corazones de bellas é introduciendo la desolación al seno de los hogares honrados. Ya ves cómo yo, bibliógrafo y todo, he resuelto bien y á tiempo el problema del matrimonio. Claro que las cosas se han venido en leche; pero no te faltará á tí, hombre que ya cuentas con la edad de Cristo, manera de salir de

La cínica é infame soltería.

Vale, et me ama.

DEL MISMO AL MISMO

Mi siempre querido Pablo: aprovecho para escribirte este momento en que se ha minorado la espantosa neuralgia del tri-

gémino que padezco desde la semana siguiente á la de mi boda. Siento una confusión tal en mis ideas, que temo haber perdido la cabeza ó ir á perder dentro de poco. Dios sabe si todo será obra de los acontecimientos que te voy á referir, ó de la enfermedad que me acaba.

Todavía no hace seis meses que me casé y he pasado ya todas las desventuras del mundo. Has de saber que en vez de mirar á mi mujer como administradora de mis bienes y encargada de mi casa, me he apasionado de ella de tal manera, que creo podría hacer de mí lo que quisiera El filtro amoroso es de tal fuerza y poder, que hasta á mí, que me tenía por invencible, me ha influenciado y poseído. Pero al mismo tiempo que el amor, se me han declarado los celos, unos celos africanos, tremendos, sin tregua. Cuanto Concha piensa y habla, es objeto de mis sospechas. Si estará meditando mi perdición, si tratará de escaparse con su cómplice, me digo, si no me querrá, si le pareceré enteco ó ridículo; que sé yo

Anteayer, al dar vuelta á la esquina de

mi casa, me llamó la atención un muñeco ridículo pintado en la pared. Era una cara casi toda narices, en que cabalgaban lentes descomunales, un cuerpo casi todo levita, unas manos que llevaban un libro en la derecha y un sombrero en la izquierda, y en la cabeza . . . en la cabeza unos cuernos que imprimían cómica gravedad al conjunto. El maldito figurón, deforme y mal hecho, se me parecía á pesar de todo. Tenía mi gesto, mi apostura, mi fisonomía, algo, ello es que se me asemejaba. Luego me sentí lleno de ira y recordé el grafito pompeyano, aquel padrón de infamia que todavía conmemora una afrenta como la mía, sufrida por el dueño de una casa romana.

Pasé cavilando todo el día; por la noche, al querer conciliar el sueño, sentí que el lecho era de espinas, que las ropas me picaban, que no podía tener consuelo ni reposo, cuando oí ó creí oír un ruido como de pasos tácticos; figurándome que la casa estaba llena de mi deshonor y que en un momento podía averiguar quién mancillaba mi frente, tomé un puñal mohoso y lleno de orín, obra del siglo XVI y que guarda-

ba en una panoplia de mi cuarto. Con él en la mano derecha, una palmatoria en la izquierda, tocado con gorro de algodón como el buen rey de Ivetot, con zapatillas en los pies y camisa de dormir en el cuerpo, me encaminé á la recámara de mi mujer—pues el doctor dispuso la separación de lechos á causa de esta maldita neuralgia.

Al pasar por un armario de luna ví involuntariamente mi facha y tiré á toda prisa el arma y la luz. ¡Cómo podía ser celoso un hombre con las piernas flacas y estevadas, con una pelambre de pecho que daría miedo, con gorro de algodón y con camisón? Si los amigos que vieron á Oteló después de haber muerto á Desdémón lo hubieran contemplado en mi traza, se habrían reído de él.

No, no había que pensar en llevar las cosas por la tremenda, matando á nadie ni haciendo las atrocidades que yo meditaba; más valía matarme yo, y, quitándome de enmedio, resolver aquella situación.

Me dirás que soy un loco, que tengo uno ó más tornillos fuera de sitio, que no sé de la misa la media. Me dirás que no está

averiguado que el muñeco me representara, que aun estándolo, puede haber sido obra de un malévolo, de un envidioso, de un pícaro que hubiera forjado mentiras para hacerme infeliz. Todo puede ser; pero no he dispuesto matarme porque sea marido desgraciado, sino porque no tengo condiciones para la vida.

Todos ustedes me han tenido siempre por un impassible, por un incoloro que nunca ha merecido pena ni gloria. Sin embargo, mi sensibilidad es tan extremada, que me figuro en el interior como un hombre desollado á quien se obligará á moverse y á maniobrar. La contradicción más mínima, la más insignificante dificultad son para mí montañas insuperables. Acostumbrado á ser el árbitro de cuantos me rodeaban, no puedo sufrir que los demás no me miren lo mismo.

La vida con su cortejo de dolores, de penas, de dificultades, es insoportable para mí. No puedo adaptarme al medio; tengo, pues, que perecer.

Me acuerdo haber leído una chuscada que es cifra y compendio de mi estado. Un

naturalista alemán quiso probar en un arenque las leyes de la evolución. Primero sacó al animalejo del mar y lo colocó en una artesa repleta de agua; fué minorando el líquido y convirtió al malacopterigio en anfibio; abolió el agua del todo y volvió bicho terrestre al habitante de la mar salada, y á tanto llegaron la destreza del sabio y su paciencia, que no tardó el arenque en seguirlo como perrillo en las calles por donde andaba. Una tarde, pasando el naturalista y su arenque por un puente de madera, el animal resbaló por una de las rendijas, cayó al agua y se ahogó.

Así yo, que quizás por ley natural estaba destinado al torbellino social, me convertí en ermitaño por voluntad de mi abuela. Dios no se lo tome en cuenta; pero los mimos y las ternezas de la señora acabaron con mi individualidad naciente como los holandeses acabaron con los árboles más preciosos en las islas de la especiería.

Tenían ustedes razón cuando me llamaban Gaspar Hauser; soy, en efecto, un ente que aparecí en el mundo quizás procedente de una cueva, quizás escapado de

una cuadrilla de ladrones, sin nexo con el mundo, ignorante de las cosas, sin entender de nada é ininteligible para todos.

Creí que bastarían los libros como armas para triunfar en la vida, que se me figuraba gracioso minué en que no había más que saludar y hacer reverencias, y me engañé de todo en todo. Este es combate crudelísimo en que se necesitan al mismo tiempo la astucia del ratón, el vuelo del águila y el rastrear de la serpiente.

Querer, ser querido, aborrecer, ser odiado, tener lágrimas y placeres, bien y mal, y sobre todo amar, comprender y desear la vida hasta por las penas, hasta por los dolores, hasta por las aflicciones que proporciona, debe ser la suprema alegría.

Si tuviera á lo menos el consuelo de creer, vería la vida como lugar de prueba y peregrinación; pero no hay tal. Indeciso como siempre, ni puedo á esta hora exclamar que guardé mi fe, ni sentir la noble entereza de un Spinoza que abandonó la suya. Fuí como Pablo de Tarso cuando niño: no apedrééal protomártir; pero guardé las capas de la turba soez é inconsciente.

¿Qué me queda sino la muerte, la muerte que me quitará esta carga que me agobia? Soy como los soldados que á los primeros tiros del combate se matan por miedo á morir; y no oculto mi cobardía ni mi horror á dejar esta existencia que tan mal me trata.

Pero quiero la muerte

callada,
Como suele venir en la saeta,
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor

como decía mi Rioja querido; me echaré un lazo al cuello y depositaré en otro mundo la carga de mis penas.

Ya tengo listo el corbatín de cáñamo; ya arreglé mi testamento; te dejo mis manuscritos y el San Nicolás de Rodríguez Juárez; adiós.

Noviembre de 1900.